

## ÍNDICE

<b>El veredicto y la ejecución (26 de marzo de 1961) .....</b>	<b>II</b>
<b>Las dos caras de Eichmann (26 de marzo de 1961) .....</b>	<b>19</b>
<b>Biografía de un alemán (2 de abril de 1961) .....</b>	<b>27</b>
<b>Diario de Jerusalén I (6 a 29 de abril de 1961) .....</b>	<b>39</b>
<b>Una ruina en Berlín (21 de mayo de 1961) .....</b>	<b>99</b>
<b>El horror y su representación (28 de mayo de 1961) .....</b>	<b>117</b>
<b>El horror y su origen (4 de junio de 1961) .....</b>	<b>127</b>
<b>La orden como hado (11 de junio de 1961) .....</b>	<b>139</b>
<b>El ideal de la psicotécnica (18 de junio de 1961) .....</b>	<b>149</b>
<b>Diario de Jerusalén II (19 de junio – 2 de julio de 1961) .....</b>	<b>159</b>
<b>Sobre el sentimiento de culpa, la culpa y la realidad</b>	
<b>(13 de agosto de 1961) .....</b>	<b>185</b>
<b>Sobre el sentido común, los cristianos y Thomas Mann</b>	
<b>(20 de agosto de 1961) .....</b>	<b>193</b>
<b>Una reflexión en Varsovia (23 de septiembre de 1961) .....</b>	<b>203</b>
<b>Un museo en Oswiecim (30 de septiembre de 1961) .....</b>	<b>213</b>

## EL VEREDICTO Y LA EJECUCIÓN

*26 de marzo de 1961*

DESDE LOS ALBORES DE LA HISTORIA, la humanidad ha presenciado la escena de un hombre solitario que se enfrenta a su propia destrucción, una destrucción encarnada por un tribunal que, a su vez, representa a la sociedad. Todos nosotros que, de una u otra manera, dudamos de nuestra propia muerte —es decir, de la realidad— nos encontramos en *el juicio* cara a cara con la existencia de esa cruda realidad.

A veces, un juicio resulta inolvidable por su significado simbólico y porque el acusado cuenta con nuestra más absoluta simpatía. Este es el caso del juicio de Sócrates, que se celebró en Atenas en el siglo v antes de Jesucristo. En ocasiones, un juicio cambia el rostro de la humanidad, como en el que se celebró contra Jesús, en Jerusalén, en torno al año treinta de nuestra era. Puesto que la condena del inocente era inherente a la tarea de «cumplir las Escrituras», las posibles actitudes frente a este juicio superan la dimensión humana. A veces, un juicio se recuerda por haber sido un caso sumamente lastimero y sucio, como el proceso contra Juana de Arco, en la ciudad de Ruan, en 1431. En otras ocasiones, el juicio marca unos inmensos cambios políticos, como el proceso contra Luis XVI, en París, en 1793. En este caso se puede discrepar sobre de qué lado deben estar las simpatías. Sin embargo, en la historia del mundo, la

humanidad no se había preparado nunca —tan unánimemente exenta de simpatía— para destruir a un solo hombre como en el caso de Adolf Eichmann, en Jerusalén, en 1961.

Cabría preguntarse por qué no aparecen en esta lista los juicios de Núremberg pues, a fin de cuentas, allí se juzgó a personas que incluso eran culpables de forma más directa y en mayor grado que Eichmann. La respuesta podría ser que, en 1946, nadie quería oír hablar de la guerra: había que colgar cuanto antes a los canallas y pasar página. Además, incluso entonces, algunos hechos resultaban apenas creíbles, como por ejemplo el terrible testimonio sobre las cámaras de gas ofrecido por un miembro de la SS, Kurt Gerstein (quien en 1942 transmitió esta información a Suecia y al Vaticano, aunque su acción fue infructuosa). En cambio, ahora, en 1961, la guerra está de moda: las novelas de guerra encabezan las listas de *best sellers*, los documentales bélicos llenan las salas de cine de todo el mundo, hay una nueva generación que quiere saberlo todo acerca de los motivos válidos o cuestionables. Sin embargo, la abrumadora atención que recibe el juicio a Eichmann no se puede explicar únicamente por la distancia que nos separa ahora de la guerra. La principal causa radica sin duda alguna en el hecho de que, en Jerusalén, se presentará ante sus jueces un solo hombre, mientras que en Núremberg eran veinte. Aquello era un grupo frente a un grupo, algo muy distinto a todos contra uno.

Todos contra uno —eso es un juicio: eso es la realidad—. Los inocentes, como Sócrates y Jesucristo, no necesitaban un juicio para adquirir conciencia de la realidad: eran más reales que quienes los juzgaban, y murieron convertidos en jueces de sus jueces. La soldado ensangrentada, Juana de Arco, se entregó al éxtasis de las «voces» convertidas en las llamas de la hoguera. El decapitado ciudadano Luis Capeto es demasiado insignificante para ser estudiado en este contexto; de todas formas ya no tie-

ne sentido después de las reveladoras palabras de Danton: «No queremos condenar al rey, queremos matarlo». Sin embargo, un hombre que cometió un asesinato, o millones de asesinatos, lo hizo porque se consideraba a sí mismo como la única realidad, porque dudaba de la realidad. A ese se le escarmienta con un juicio en el que la realidad se manifiesta devolviéndole el golpe. (En este caso, la realidad la encarnan los mismos judíos que, en otro momento, tuvieron ante sí a Eichmann como monstruosa realidad.)

Eichmann no solo no sabía lo que hacía mientras transportaba a cientos de miles de víctimas hacia las cámaras de gas, sino que, en cierto sentido, ni siquiera sabía que hacía algo. No me refiero a la «responsabilidad» ni nada de eso —esos son conceptos de jueces pequeños, para pequeños bellacos—. No, una persona que hace lo que hizo Eichmann no es muy distinta de nosotros, aunque sí está más funestamente alienada de la vida en la tierra, y sobre todo de la muerte en la tierra. Los chinos castigaban al Huang Ho —el río Amarillo— cuando se salía de madre y mataba a miles de personas. La diferencia entre el Huang Ho y Eichmann radica en que a él le declararemos culpable en un juicio.

Sin duda sería un alivio para la humanidad que a este acusado lo consumiera el remordimiento. Pero Eichmann afirmó que saltaría riendo a su tumba sabiéndose responsable de la muerte de cinco millones de judíos. Le preguntaron si se arrepentía y él contestó: «El arrepentimiento es cosa de niños». Por supuesto, solo se puede reaccionar con indignación ante este tipo de comentarios; aunque también podríamos intentar utilizarlos como una llave para abrir una de las innumerables cerraduras detrás de las que se oculta herméticamente este hombre. Y al final llegaríamos a la conclusión de que quien habla es una persona perversamente irreal, alienada de sí misma. Quizá el arrepentimiento de una persona sea en efecto insuficiente

para abarcar la aniquilación de millones. Si Eichmann hubiese declarado que se arrepentía, sin duda ello habría llenado de satisfacción a la parte pusilánime de la humanidad; pero para los muertos y supervivientes hubiese resultado más insultante. Sus actos están más allá del arrepentimiento, el remordimiento o el sentimiento de culpa, no guardan ninguna proporción con palabra o concepto alguno. Esta persona ensombrecida solo puede ser declarada culpable mediante un veredicto. Al mismo tiempo, puede que con ello su alma estancada se ponga de nuevo en movimiento. Es posible que sea para él como una redención. El 11 de mayo 1960, cuando lo arrestaron en Buenos Aires, dio muestras de alivio.

En este sentido ha salido mejor parado que los pilotos del *Enola Gay*, que lanzaron la bomba atómica sobre Hiroshima. A su regreso a casa fueron recibidos como héroes. Uno de ellos se recluyó de inmediato en un monasterio, mientras que el otro, Claude Eatherly, empezó a tener problemas con la ley por cometer todo tipo de pequeños delitos, como hurtos en tiendas. Sin embargo, cada vez que comparecía ante el juez, subía al estrado uno u otro psiquiatra que explicaba que aquel hombre robaba porque necesitaba ser castigado: al fin y al cabo era el hombre de Hiroshima. Acto seguido se desestimaba el caso y él se libraba del castigo que tanto ansiaba. En 1959 lo internaron en un manicomio. La última noticia es que ha vuelto a escaparse —por supuesto porque no suponía ningún castigo—.<sup>1</sup> Si Estados Unidos hubiese querido hacer algo por su insigne hijo, tendría que haberle condenado a cadena perpetua.

Es una suerte para Eichmann que no esté del lado de los vencedores, sino de los perdedores. No es un héroe de guerra, sino un criminal de guerra. Puede ser declarado culpable. Du-

1. El 12 de junio de 1961, el comandante Eatherly volvió a ser capturado; en agosto escapó por segunda vez. [Nota del autor.]

rante el juicio se establecerá una conexión entre sus actos y la realidad: su muerte. No se le puede rendir un mayor servicio. Eichmann lo comprendió cuando, en Argentina, sus secuestradores le dieron a elegir entre acompañarles a Israel para ser enjuiciado o ser ejecutado allí mismo. Por otro lado, nadie tiene por qué lamentar —como hacen ahora en muchos hogares— que Eichmann solo pueda sufrir una muerte y no seis millones. Con la muerte no valen los cálculos. Seis millones por cero siguen siendo igual a cero. Su sentencia de muerte será un veredicto justo. Ni siquiera tiene que precipitarse mediante una ejecución.

La sentencia es para Eichmann, su ejecución es para nosotros. Nos quedaremos con la sensación de que se ha hecho algo. De que puede hacerse algo. De que se puede hacer justicia. Sin embargo, los hombres no pueden hacer justicia. Los hombres solo pueden asesinar: aunque lo hagan en forma de una «ejecución» después de que se haya dictado sentencia de muerte. La justicia solo puede *administrarse*. El juez y el verdugo son dos personas distintas. Un juez que ejecutara la sentencia que él mismo ha dictado sería una institución indeciblemente salvaje. El año pasado, cuando se publicó la noticia de la captura de Eichmann, muchas personas se ofrecieron voluntarias para matarle; pero cuando se supo que sería sentenciado en un juicio y que, por consiguiente, el acto de matarle no lo haría un juez, sino un verdugo, el Estado israelí tuvo dificultades para encontrar a alguien dispuesto a hacer el trabajo de verdugo.

El juez sabe lo que dice. Pero el verdugo que puede acabar colgando a Eichmann es alguien como él: no sabe lo que hace, porque ese acto no *puede* ser sabido. La muerte se sustrae a nosotros en todas sus formas, salvo nuestra propia muerte; por ello, la copa de cicuta de los antiguos griegos —el suicidio forzado— sea quizá la forma de pena de muerte más clara. Y con

esta idea hemos de dejar que el verdugo haga su trabajo sucio (si llega a hacerlo): con la idea de que no es por Eichmann ni por sus víctimas, sino por nosotros, los supervivientes.

EL HECHO DE QUE ESTE JUICIO vaya a celebrarse en Jerusalén es uno de los saltos mortales más fantásticos de la historia. En esta misma ciudad fue condenado un hombre sobre el cual circula el enigmático rumor de que «tomó los pecados del mundo». Ahora se juzga a un hombre que, se supone, los ha cometido prácticamente todos. Eso también va más allá de las relaciones entre seres humanos... y, en efecto, en los incontables libros y artículos que se han publicado sobre el caso Eichmann resuena un innegable tono semirreligioso: ¡Hemos localizado el mal! El mal con apariencia humana: ¡Eichmann, el demonio! Pero no podemos empezar a *creer* en Eichmann. Por muy disimuladas y por muy bienintencionadas que sean, estas tranquilizadoras fantasías de un Anticristo constituyen un engaño que no puede aceptarse bajo ningún concepto.

Los neonazis (no Eichmann) afirman que los crímenes cometidos bajo el poder de Hitler son mentiras. Los alemanes dicen que fueron los nazis. Los europeos, que fueron los alemanes. Los estadounidenses, que fueron los europeos. Los asiáticos y africanos, que fueron los blancos. Y algún día dirán: fueron las personas. Pero no debemos decir nunca: fue Eichmann.

Dentro de catorce días acudiremos a Jerusalén desde todos los rincones del mundo —como leprosos medievales que han oído que en algún lugar ha brotado una fuente que cura todos los males—. Allí escribiremos la página de la historia sobre la cual, el 4 de octubre de 1943, Heinrich Himmler, Comandante en Jefe y Mariscal de Campo, les dijo a los altos oficiales de las SS: «La mayoría de vosotros sabéis qué significa ver cien cadáveres yaciendo juntos, quinientos cadáveres, o mil. Haber

pasado por esto y —salvo algunas excepciones, ejemplos de debilidad humana— seguir siendo decentes, esto es lo que nos ha curtido. Esta es una página gloriosa de nuestra historia que nunca se ha escrito y nunca se escribirá».

Nosotros la escribiremos, probablemente presentaremos un cadáver... y regresaremos siendo todavía leprosos. Pero yo informaré, ante todo, sobre *este* juicio, sobre nosotros mismos, sobre quienes leen esto.